

Madrid, 24 de enero de 1977

Hacía frío y lloviznaba.

Los tres hombres cruzaron miradas de complicidad. Un ligero parpadeo de uno de ellos indicó que había llegado el momento. Avanzaron por la acera izquierda de la calle Atocha, dejando atrás la parroquia de San Sebastián, a esas horas ya cerrada.

Al llegar al número 55 penetraron en el portal con decisión, como si fueran unos de los muchos clientes que recibían los abogados laboristas en su bufete de la tercera planta.

El ascensor no funcionaba y subieron a pie, esperando no tener que cruzarse con algún vecino. El más joven de los tres, temeroso, para no ser reconocido, se cubrió la cabeza con la capucha de su trenca.

Los escalones eran de madera y crujían a cada paso, lo que hizo acrecentar su inquietud; su presencia resultaba más evidente de lo que hubieran deseado. Intentaron amortiguarla pisando lentamente, casi de puntillas, pero la madera era implacable y denotaba su antigüedad lamentándose.

Pasaron de largo el piso tercero lanzando una mirada de reojo a la placa de la puerta marrón que informaba de las horas de consulta: lunes, miércoles y viernes de 16,30 a 20.

Los tres hombres se sentaron en el siguiente rellano, comprobando que eran las diez y media de la noche. A esas horas, los abogados estarían solos, seguramente acompañados de aquel al que buscaban.

Sin sacarlas de sus bolsillos, donde las llevaban escondidas, amartillaron sus armas.

En la escalera hacía frío. En la calle seguía lloviznando. Las gotas golpeaban el techado de cristal del lucernario que daba sobre la escalera. Era un sonido inquietante, como premonitorio de algo desacostumbrado y terrible.

Había sido un lunes muy largo, en el que habían sucedido muchas cosas. Un lunes al que le faltaban pocos minutos para dejar su sangrienta huella en la historia.

Madrid, 2 de enero de 2007

Soledad mantuvo la mirada fija en la pared blanca que había sobre el piano. Era como si en ella, a modo de pantalla de cine, se estuvieran proyectando las imágenes de aquel lunes terrible del que había escuchado tantos testimonios, del que había leído tantas cosas, algunas incluso contradictoras.

El salón de su casa era amplio, con muchos recuerdos acumulados en los cerca de noventa años de su vida: un piano, un antiguo tocadiscos y muchas plantas.

El mirador acristalado se asomaba sobre la calle Luis Vélez de Guevara, muy próxima a la de Atocha, desde donde se podía adivinar, en la acera opuesta, la parroquia de San Sebastián. Si hubiera sido una mujer religiosa se habría puesto a rezar; aunque, de haber tenido alguna vez fe la habría perdido hace mucho.

Soledad cerró los ojos aun a conciencia de que eso era lo peor que podía hacer porque, de esta forma, el calidoscopio de imágenes dentro de su cabeza se convertiría en un turbulento torbellino de datos, nombres y sangre. Para ella cualquier tiempo pasado no era mejor. No, y menos en esa fecha concreta que llevaba arrastrando ya treinta años de su vida.

Le parecía estar viendo, como si ella hubiera sido testigo directo de los hechos: a los hombres comprobando la hora, incorporándose, descendiendo los escalones que conducían a la puerta marrón; a uno de ellos acercando su mano al timbre y presionándolo con fuerza un par de veces; y luego, asiendo con firmeza las culatas de sus armas, esperando a que alguien les abriera.

Soledad se sobresaltó al escuchar el timbre de su puerta. Siempre había pensado que sonaba demasiado bajo, que algún día su sordera se impondría a aquella especie de chicharra y que lo dejaría de oír.

Pero aquella noche sucedió lo contrario. El timbrazo se proyectó a lo largo del pasillo alcanzándola como si fuera un proyectil.

Soledad se incorporó con dificultad de su sillón con orejeras y caminó lentamente hacia la puerta, procurando hacer el menor ruido posible y evitando rozar la difenbaquia que tenía junto a la mesa camilla. Mejor que pensaran que no había nadie en casa; aunque para eso tendría que haber apagado la luz que, posiblemente, la estaría delatando por el bajo de la entrada.

Colocó su cabeza ladeada junto a la madera, sin atreverse a utilizar la mirilla -una mirilla antigua, metálica, que, una vez abierta, dejaba ver la cara completa del recién llegado- esperando que aquel timbrazo fuera solo producto de su imaginación.

Ya iba a regresar a su saloncito, donde se sentía más segura, cuando la impertinente chicharra volvió a hacerse presente.

Instintivamente, sin otra consideración que la de apartar su miedo, y más a su edad, Soledad abrió la puerta.

-Buenas noches. Perdona que llegue tan tarde pero es que el autobús ha tenido una avería, y luego me he perdido en el metro. En fin, que lo siento mucho...

Soledad sonrió aliviada mientras contemplaba la figura menuda, cabello recogido, maleta a los pies, de la joven recién llegada.

-Pasa, Estrella, pasa. Porque tú debes de ser Estrella, ¿verdad?

Estrella visitaba Madrid por segunda vez en su vida. La primera, meses atrás -para ella toda una eternidad-, en compañía de miembros de su familia, a fin de hacerse cargo del cuerpo sin vida de su hermano. Lo había recogido, lo había acompañado hasta su pueblo, lo había enterrado ante los ojos llenos de lágrimas de todos los suyos.

En el cementerio se habían oído gritos de dolor, lamentos desgarrados de pena, incluso algún insulto al mundo o al mismísimo Dios. Aunque le molestaban esas manifestaciones tan escandalosas, Estrella sabía que, de alguna forma, formaban

parte de sus costumbres gitanas: bullicio para celebrar la felicidad de cualquiera de su tribu, alboroto también en la desolación.

Pero, pasados los primeros momentos de cierta incomodidad por llantos y gritos, ella había dejado de oírlos. Sólo miraba el ataúd que descendía a la tierra, y escuchaba el sonido de esta al caer sobre la madera, que retumbaba como si no llevara nada dentro.

Y dentro iba nada menos que la vida de su hermano, arrancada de cuajo por una navaja asesina en algún lugar de ese Madrid al que ahora regresaba con un solo objetivo: descubrir por qué, a manos de quién, su hermano había dejado de estar a su lado. Averiguar cómo era posible que aquel Julián que una mañana de primavera saliera de su pueblo con el corazón lleno de ilusiones, volviera meses después en el silencio de una caja de pino sin haber podido alcanzar su objetivo.

Mientras el autobús avanzaba hacia la capital, Estrella había cerrado varias veces los ojos pero otras tantas los había vuelto a abrir pasados unos segundos, porque la imagen que se ofrecía en su memoria era la de su hermano riendo, peinándose frente a un espejo y, sobre todo, la de su hermano taconeando en cualquier lugar, en la casa o fuera de ella, en el patio o en el campo, ante espectadores o sin más contemplación que la de la luna de Andalucía, que acariciaba los olivos en las dehesas.

Luego, siempre en aquel comienzo de año, mientras veía cómo los paisajes desfilaban por la ventanilla del autobús, sintió en la palma de una de sus manos la forma irregular de la figurita de jade que su hermano se había dejado en casa.

Un caballo de cara triste que parecía echar de menos a su jinete. Porque era evidente que aquel caballo había tenido un jinete, como lo demostraba el que aún conservara, en uno de sus costados, la bota del que lo había montado. Figurita incompleta que, sin embargo, su hermano conservaba casi como reliquia, como talismán, porque decía que le traía buena suerte.

Talismán que, incomprensiblemente, había olvidado meter entre su equipaje antes de partir.

Nunca hasta entonces había visto Estrella un caballo verde, pero, desde que se lo guardó para poder devolvérselo algún día a su hermano, había bromeado con el convencimiento de que solo los caballos verdes eran verdaderos caballos (corceles, alazanes), y el resto solo rocines, pencos o jamelgos.

Por eso, cuando la policía les telefoneó para comunicarles la tragedia, Estrella miró su caballo verde y se dijo que de haber estado con su hermano seguramente le habría dado suerte y no le habrían matado.

Mulabar, matar en su idioma. Aunque, como había sido apuñalado, habría sido más corrector decir que su hermano había sido *baraustado*.

Precisamente había sido Julián quien le había enseñado algunas palabras del *jitano* antiguo, cuando gitano se escribía con j, en la época en que ella era una sencilla *bedorí*, es decir, una muchacha adolescente que aún no había llegado a la edad juvenil. O cuando, después, con la desoladora noticia, el horror, o *berrochí*, se transformaba indefectiblemente en una eterna *charaburrí* o tristeza.

Estrella supo entonces que tenía que volver a Madrid. Para intentar reconstruir, desde sus diecinueve años, el camino recorrido por su hermano en las últimas horas de su vida.